

Agrón un verdadero innombrable:

Fue entonces que lo vi, impotente: un bastardo que creía asemejar lo divino, lo incomprensible. Aquel que se hacía llamar “Septus, la encarnación del mal”. En ese momento sentí una mezcla de vergüenza y furia. ¿Cómo se atrevía este engendro a atribuirse tal mérito?

Él no era más que una débil imitación de lo divino, manchado con el estúpido egoísmo y egolatría que su naturaleza aún semihumana portaba. Creyó que fusionando su forma mortal con la cáscara inmortal de un dios crearía el mal perfecto, cuando lo único que hizo fue menguar el poder de lo incomprensible.

Pues, por más que su patético ser accediera a una fracción de lo que lo incomprensible podía presentar, hoy concentro todo mi odio para separarlo de mi mente mortal y reunirlo, y así, mediante este rito, atraer a uno de ellos: **Agron**, el conocido por antiguas civilizaciones como Dios de la Ira pero que yo se probablemente no es ni más ni menos que un verdadero dios un verdadero ser incomprensible malinterpretado por nosotros los mortales.

¡Responde a mi llamado!:

“Agron kaar, vultus ferox,
surran velkhar drennum.

Rath’gor unnum — ira nascitur.
Khal-vennor, tor’ak mur.

Intra fulgor Agron —
vocatus est in sanguine caeco.

Thraal-urr, Thraal-urr...
ignis sine lumine surgit.

Agnar, vorum-kai,
fracta pax sub umbra tua.

Agron... exsurge.”

Fue entonces que en el cielo se abrió una brecha, de la cual surgió el innombrable representante de la ira: el dios más destructivo de todos. Tal visión horrorizó a Septus, quien no comprendía ni a la entidad que tenía frente a él ni cómo lo que él consideraba un humano insignificante pudo, y se atrevió, a invocar a un dios así.

Al fin, un verdadero dios, quien demostraría al bastardo que un dios no se limita a lo que nosotros débiles mortales fuéramos capaces de conceptualizar por más que mezclásemos nuestra escancia con cualquier cosa en busca de la trascendencia. Pues no son “un mal ancestral” ni “una fuerza de bondad absoluta”, sino entidades que, por su propia naturaleza, rara vez somos capaces de ver y nunca somos capaces de entender. Seres tan enormes y trascendentales que no se rigen por una moral que defina “el bien” y “el mal”.

Y si en su accionar terminan perjudicándonos, no es que no les importe: es que, en su indiferente paso por este efímero universo, generan catástrofes mayores a cualquier cosa que él y yo pudiéramos concebir, creando horrores que ni la mente mortal más retorcida sería capaz de imaginar.

Ahora me encuentro esperando mi final en este mundo, aguardando a que Agron termine de devorar al bastardo para que empiece conmigo. Sé que condené a muchos con esto, pero hay algo que sé: al menos tengo la satisfacción de que la maldita parodia de dios que lo arruinó todo sufrirá eternamente junto a mí.

Y juro por lo infinito que, si tengo la posibilidad en el infierno o donde sea que nos envíe **Agron**, buscaré la forma de hacer que su tormento sea aún peor de lo que ya es.